

# *El caballito blanco de Changó*

---

Raúl Rivero

CREO QUE ERA CIERTO QUE AMABA A CUBA, A TODA CUBA. EN LA COMPLEJA Habana de los noventa se movía en un Chrysler del 57, negro, casi ofensivo en su majestuosidad, rodando en el paisaje de basurales y abandono, lo mismo con una jinetera a bordo que con un funcionario de cultura, un marginal y un escritor.

Le gustaban las mujeres negras con nombres de flores o países, o continentes. Conocí varias de sus novias «negritas, mis negritas», decía él.

Jazmín, Rosa, Miosotis, Argentina, África y América, Camelia y Azucena, todas mulatas, todas altas, todas religiosas y pícaras bailarinas o «estudiantes de idiomas por cuenta propia».

En La Habana trataba de inaugurar un centro de estudios para la poesía europea contemporánea. Eso lo mantenía en contacto con los alegres funcionarios de cultura, con periodistas alertas y la plaga de jineteros líricos que cazan becas fugaces en el extranjero para coger un aire en el Período Especial.

Siempre alquilaba en casas particulares de El Vedado, céntrico, todavía casi limpio, los mejores hoteles a mano y cerca también de las instituciones. Pero le gustaba el movimiento de Centro Habana, donde solía caer de noche por los solares a tomar el ron peleón de la libreta, a escuchar un guaguancó de cuero de taburete y una rumbita y unos boleros y donde la gente no le decía su complicado nombre lleno de consonantes, sino Juanito el sssuavee, Juanito el sssabrossso o el Caballito blanco de Changó.

Venía a Cuba desde los setenta, conocía a todo el mundo, se hizo santo y Changó lo protegía siempre en sus viajes trágicos a Los Hoyos en Santiago, en los periplos por Bayamo y Ciego de Ávila y en sus visitas de médico a Brasil y a Santo Domingo y hasta en las nieves y el frío de su patria, donde los santos nuestros tienen que hacerse pasar por animales domésticos o palomas. Donde el elegguá necesita más ron y más tabaco y escasea el dulce de coco y la ayuda se hace más difícil porque las deidades del trópico no saben por dónde llega el mal en el invierno.

Estoy seguro que María Elena Cruz lo recuerda. Lo recuerda magnífico y generoso en mi casa de Centro Habana, en su fiesta a la salida de la cárcel. Lo recuerda frente a una batería de botellas en mi mesa de cristal, mientras ella cantaba perfidia y quíereme mucho con su voz triste de pasta y melao.

Lo recuerdan muchos escritores en desgracia. Lo recuerdan como disculpándose por llevar un pequeño regalo, algo para el día o para la semana, algo para aliviar la severidad del bloqueo. ¿Qué bloqueo? «¿Los puegguitos vienen de uropa? ¿La malanga se cosecha en Boston?» «¿Los pollitos se fueron pa'-Miami? ¿Se suicidaron las vaquitas de ustedes?» «Ve cogiendo esos espagueticos y ese queso y una botellita de vino del Rhin».

Aquí siempre se movía como lo que era, un hombre de otro rumbo, un intelectual que se acercaba afectuoso, interesado en la vida y la cultura de un país.

Nada de política, siempre en esa media distancia tan saludable en el boxeo para el estudio. Así se le quiere en esta Isla por ahora fatal, donde ha tenido las puertas de solares y escondrijos, de residencias e instituciones, donde ha recibido amor, ese Caballero de Europa bueno para el ron, la poesía, los amigos, y las «negggrittas», que anda por ahí caballero en sí mismo, el caballito blanco de Changó.

Para Juanito el Suave, antes el sabroso, mi casa está en el mismo sitio, no una casa que él vio caerse de vieja y de desidia en Oquendo y Neptuno, en pleno Cayo Hueso, sino ésta de más acá, donde transcribo amargo y sombrío, triste por él y por mi y por Cuba, nuestra última conversación en el bar del Hotel Inglaterra esta primavera, mientras hacían por el temblor una musiquita extraña sus resguardos.

—Me ha dicho el periodista Pedrito de la Hoz que no debo visitar más tu casa, porque me perjudica. Pueden negarme una próxima visa de entrada a Cuba. Me están filmando cada vez que entro a tu edificio.

Yo no dije nada. Juanito se puso de pie sin mirarme, cogió una gran copa de cristal y comenzó, de mesa en mesa, a pedir dinero para la pianista.